antes de marchar á Irlanda: tierna, sencilla y bondadosa, contenía algún párrafo serio, porque el viaje que iba á emprender era peligroso y aquella carta podía ser la última que la joven recibiese de su mano.

«*A bordo del* Jhon.

»13 de agosto de 1649.

»Mi querida hija: Recibí tu carta con mucho placer, pues me gusta ver cualquiera cosa que venga de tu mano, y no necesito detenerme en decirte cuánto te quiero. Por lo mismo, espero que un consejo no será mal recibido, ni tampoco estará de más.

»Deseo que los dos hagáis ante todo cuanto pueda ser agradable al Señor, invocándole y escuchando lo que os diga, pues sin duda os hablará al oído y al corazón: también espero que aconsejes á tu esposo en este sentido. En cuanto á los placeres de esta vida y á los negocios exteriores, dejadlos seguir su curso; pero haceos superiores á estas cosas por la fe en Jesucristo, y entonces tendréis el verdadero consuelo. Me complazco mucho en creer que tu pensamiento sigue este camino, y deseo que prosperes en la gracia de Nuestro Señor. Dios está muy cerca, como se ve por sus maravillosas obras, y quiere que los de nuestra generación se acerquen á El. Su última merced (una victoria de las tropas del Parlamento en Dublín) es una gran prueba de ello. Tu esposo te hablará de esto. Mucho necesitamos el espíritu de Jesucristo para poder ensalzar á Dios por tan admirable merced.

»El Señor te bendiga, querida hija.

»Tu cariñoso padre

»OLIVERIO CROMWELL (1).»

Esto lo escribió el 13 de agosto; el 15, el ejército llegó á Dublín, que Michael Jones ocupaba en nombre del Parlamento, siendo recibido allí «con grandes salvas.»

(1) Carlyle, parte V, carta CI, pág. 38.

CAPITULO XXI

Al estudiar la campaña de Irlanda, el capítulo más obscuro de la vida de Cromwell, es necesario, si se ha de mirar el asunto desapasionadamente, representarse en cuanto sea posible el espíritu con que el ejército puritano dió principio á la obra que se le encomendaba, y qué carácter debía tener esta empresa desde el punto de vista del ejército.

Tres elementos había en aquella «invasión» de Irlanda, que inevitablemente le comunicaban, aparte de los actos aislados de crueldad, un aspecto muy grave.

En primer lugar, así en el corazón de los oficiales como de los soldados, predominaba el sentimiento de que iban á vengar sangre derramada. La matanza de protestantes de 1641 no se había olvidado ni perdonado nunca, y estaba tan presente en el pensamiento de los soldados de Cromwell y en el de éste mismo, como en los tristes días antes de la guerra, cuando todos los ingleses se estremecían de cólera y de horror al leer los relatos que les llegaban dando cuenta de los ultrajes inferidos á mujeres y criaturas y del asesinato á sangre fría de hombres de todas las clases, simplemente por motivos de religión, según se aseguraba. Un historiador, cuyas palabras se leyeron con respeto en aquella época, había escrito:

«Los inocentes protestantes quedaron de pronto privados de sus bienes, y más de doscientas mil personas, entre hombres, mujeres y niños, fueron asesinadas, muchas de ellas en medio de horribles tormentos, y esto en el espacio de un mes (1).»

Creemos que estos detalles eran sumamente exagerados, y además no se hace mención de lo que los católicos debieron sufrir de parte de los protestantes antes de rebelarse; pero esto no lo sabían entonces los puritanos. Los más de los ingleses creían que los irlandeses eran bárbaros de la peor especie, alentados en sus atroces crímenes por un clero católico romano, nada escrupuloso y sediento de sangre.

Durante los ocho días que se siguieron á la matanza, esta opinión se había arraigado entre los puritanos, acentuándose más por el temor de que un ejército irlandés desembarcara en sus propias orillas en algún período crítico de la

(1) May, *Historia del Parlamento*, 1647, vol. II, pág. 4.

guerra y cometiese en el país enormidades análogas. Ese temor á una invasión irlandesa nos conduce al segundo elemento.

El ataque contra Irlanda no se entendía que fuese, propiamente hablando, un acto agresivo, sino una medida defensiva necesaria para preservar á los condados occidentales de Inglaterra y Gales de las incursiones de los merodeadores, y posiblemente á todo el país, de la invasión de los caballeros irlandeses. Cromwell se convenció al fin plenamente de la necesidad de la guerra desde este punto de vista, y desde un principio tuvo la intención deliberada de aniquilar tan completamente todas las inclinaciones perversas en la población armada del país, que nunca tuviera fuerza, si le animaba la voluntad, para molestar á sus vecinos. Si consideramos que los más de los irlandeses, por una causa ú otra, llevaban armas en aquel tiempo, y no parecían dispuestos á dejarlas, bien lo mandase el rey, los puritanos ó el mismo Papa, fácil es comprender que cualesquiera que fuesen las precauciones adoptadas por Cromwell para no seguir el ejemplo de los caballeros castigando á los inocentes junto con los culpables, no podría llevar á efecto el objeto principal de su misión sin cometer actos de los cuales se debe resentir un pueblo de gran valía mientras su raza exista.

Sin embargo, teniendo en cuenta las intrigas que el joven rey Carlos II comenzaba ya á fraguar en Irlanda, y el hecho bien conocido de que católicos y protestantes habían prescindido de sus diferencias á fin de hacer juntamente un esfuerzo en su apoyo, no dejaba de ser fundado el temor de que Irlanda, si no era prácticamente «anexionada,» sería un continuo peligro para la causa puritana, y á menos de someterla por completo, nada podía hacerse.

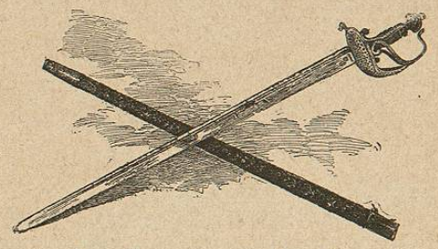
El tercer elemento que Cromwell, con su experiencia de soldado, debía tener en cuenta antes de comenzar la campaña, y que llegó á ser más tarde asunto de la mayor urgencia, fué la cuestión de su aislamiento en un país hostil, con una fuerza comparativamente escasa, rodeado de enemigos muy superiores en número y que acabarían por rendirle si la lucha se prolongaba. En su consecuencia, era esencial que cada victoria fuera decisiva y completa, necesidad que le parecía justificar, juntamente con el carácter, tal como le comprendía, del enemigo con quien debía habérselas, las matanzas de Wexford y de Drogheda.

Pero detrás de todos los elementos positivos incidentales á la empresa particular de someter á Irlanda, había otra causa para que en todo esto se manifestase dureza, y la historia no puede perderla de vista.

Ningún hombre, por humano y compasivo que sea su carácter, y no se puede negar que Cromwell era naturalmente contrario á la efusión de sangre é inclinado á la gracia, puede conservar la sensibilidad que despierta el dolor ó la muerte después de haberse familiarizado largos años con la guerra. Este hecho no se ha tenido lo bastante en cuenta por los historiadores, que siendo en su mayor parte hombres de paz, no saben por experiencia personal cuán natural es en tales circunstancias tener en poco la vida, ó más bien, cuán imposible es proceder de otro modo después de pasado el primer horror.

Cromwell y su ejército eran soldados veteranos, y como tales poco les importaba arrostrar la muerte ó matar; y creyendo que lo hacían en defensa de una buena causa, compadecían tan poco á los irlandeses á quienes mataban, como nuestros soldados á los Sepoys después de los motines de la India, y como las tropas fronterizas de los Estados Unidos á los indios apaches después de haber éstos atacado una factoría.

Por último, no debe perderse de vista que el ejército sentía la misma hostilidad que le animara cuando combatía á sus antiguos enemigos los caballeros en Preston y Colchester. Desde el punto de vista de los puritanos, los ingleses de Irlanda no sólo se ocupaban en renovar la lucha, siendo por lo tanto criminales, sino que habían perdido todo derecho á ser tratados como compatriotas ó seres humanos civilizados, porque se habían unido con los «sanguinarios asesinos irlandeses» de 1641.



Espada de Cromwell, copia de una fotografía del original que se conserva en el Real Instituto

Por grotesca é injusta que esta idea pueda parecernos cuando se aplica á tan valerosos caballeros y patriotas como Ormond y Edmundo Verney, era una triste realidad para los puritanos, y cuando los azares de la guerra ponían las vidas de sus enemigos en su poder, sus corazones se cerraban á todo sentimiento de compasión.

Podía decirse sin embargo, y no sin motivo, que aunque entre rudos soldados las excepcionales circunstancias que mediaron en la guerra irlandesa excusaban, si no justificaban, las extremadas medidas de severidad, nada puede justificar la participación personal de Cromwell en la matanza de Drogheda.

Sin embargo, nos parecería igualmente injusto calificar sus actos con la dureza y hostilidad que manifiestan aun aquellos que le aprecian en el fondo; así cómo sería censurable, hasta en sus más entusiastas admiradores, ocultar la tristeza y el sentimiento que les causó el hecho de que hubiese infringido las leyes de la guerra entre pueblos civilizados. Esto es lo que hizo en Drogheda, y sin justificación; pero aunque esto se debe consignar claramente, no se ha de olvidar tampoco que aquello fué un caso aislado, y que la orden se dió en el calor del combate. No hubo plan determinado para exterminar á los irlandeses, y la actitud de Cromwell respecto de ellos, en general, se pone bastante en claro por las dos «Declaraciones» que dirigió al pueblo de Irlanda.

He aquí la primera, «dada en Dublín el 24 de agosto de 1649 (1):»

«Como quiera que se me haya informado de que durante la marcha de los ejércitos contra vosotros, ó por parte de las guarniciones, la soldadesca incurrió en el delito de abusar, robar y saquear, entregándose con demasiada frecuencia

(1) Carlyle, parte V, pág. 41.

á crueldades en grave perjuicio de la gente del país; y hallándome resuelto, por la gracia de Dios, á reprimir cuanto antes tales perversidades para lo futuro;

»Advierto por esta declaración á todos los oficiales, soldados y demás personal que esté bajo mis órdenes, que se abstengan de semejantes abusos y que no se permitan hacer daño alguno ó violencia contra la gente del país, á no ser que se trate de personas armadas que deban considerarse como enemigos. Se respetarán los bienes mientras no haya orden en contrario.»

Después de esto invita á los habitantes á llevar provisiones al ejército, asegurándoles «que no serán molestados en sus personas ni en sus bienes;» y que recibirán en dinero contante el valor de lo que presenten. Además, «si se conducen pacífica y tranquilamente, pagando las contribuciones proporcionalmente á lo que pagan sus vecinos... para mantener las fuerzas del Parlamento y otros usos públicos, tendrán libertad para vivir en sus casas con sus familias y bienes y se les protegerá en sus personas y propiedades.

»Exijo que todos los soldados y cuantos se hallen bajo mis órdenes se atengan á lo mandado y cumplan con su deber, pues de lo contrario se les castigará severamente.»

Tal fué el primer acto de Cromwell al desembarcar en Dublín, después de expulsar del ejército, que ya se batía en nombre del Parlamento, á los oficiales y soldados que por su carácter y costumbres no eran propios para pertenecer á una fuerza que no toleraba la inmoralidad en amigos ni en enemigos.

Inmediatamente después de esto comenzó la campaña, y en 9 de septiembre las baterías rompieron el fuego sobre Drogheda, plaza muy bien fortificada, cuya guarnición se componía de las mejores tropas de Irlanda, muchas de ellas inglesas, al mando de hombres expertos, como Arturo Ashton y Edmundo Verney, siendo los soldados muy aguerridos y de gran valor. Estos jefes, por supuesto, se negaron á dar oídos á las intimaciones de Cromwell para que se rindieran, y sus tropas, bien conducidas y disciplinadas, se batieron con la mayor tenacidad cuando la plaza fué asaltada.

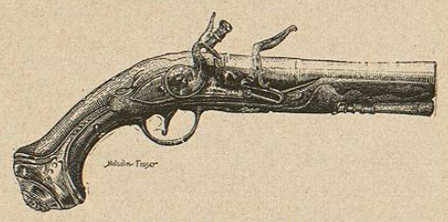
«El martes 10 del corriente – escribió Cromwell á Leuthall, presidente de la Cámara de los Comunes, en su informe sobre la batalla, – á eso de las cinco de la tarde, y después de varios combates muy empeñados, penetramos en la plaza en número de 700 ú 800 hombres, disputándonos el enemigo el terreno palmo á palmo. A decir verdad, por las ventajas de la plaza y el valor que Dios quiso dar á los defensores, nuestros soldados debieron retroceder hasta fuera de la brecha, no sin sufrir considerables pérdidas... (1).»

Los defensores hubieron de retroceder á su vez en confusión, á presencia de Cromwell. Imaginémonos la escena: el momento era por demás crítico, y si el ataque fracasaba en aquel punto, todo se podía perder. Cromwell comprendió el peligro, y precipitándose él mismo personalmente en medio del combate, reunió sus hombres y los condujo por segunda vez al asalto. Su presencia cambió el aspecto de las cosas, y batiéndose con una furia y resolución que ningún ejército de los que entonces existían hubiera podido resistir, los puritanos rompieron las líneas de sus enemigos y les hicieron retroceder. Entonces fué cuando, embriagado por el ardor de la batalla, enloquecido al ver que sus mejores hombres yacían sin vida en torno suyo y en el paroxismo de su cólera contra aquellos «hombres malvados» que no podían dejar en paz á los buenos y habían abrazado ahora la causa de los «sanguinarios papistas» (1), dió la severa orden de pasar á cuchillo á todos cuantos fuesen encontrados en la ciudad «con las armas en la mano.»

(1) Carlyle, parte V, carta CV, pág. 52.

La orden fué obedecida al pie de la letra, y por las calles de Drogheda corrió la sangre. «Creo que aquella noche, escribe Cromwell, pasaron á cuchillo unos dos mil hombres (2).

»Algunos se retiraron á una gran torre redonda, muy sólida; se les intimó á que se rindieran sin condiciones, pero se negaron á ello, y entonces se envió una fuerza para que los vigilara. Hicieron fuego desde la torre y mataron é hirieron á varios de nuestros hombres. Cuando se rindieron al fin, dióse muerte á los oficiales y se diezmó á los soldados, embarcándose á los demás para las Barbadas.»



Pistola de Cromwell
Copia del original propiedad de W. T. Stead

En la misma carta Cromwell se refiere á la matanza de este modo: «Estoy persuadido de que este es un justo juicio de Dios sobre esos míseros bárbaros que han empapado sus manos en tanta sangre inocente, y que lo hecho evitará que se derrame más en lo futuro: estas razones justifican el acto realizado y no pueden producir remordimientos ni pena.»

Estas últimas palabras se han citado á menudo por amigos y enemigos, añadiéndose que indican que el mismo Cromwell tuvo después remordimientos. Tal vez sea así; pero nos aventuramos á ponerlo en duda. Esto no era propio del carácter de Cromwell, y aunque en este caso ordenó la matanza en un momento de cólera y en «lo más recio de la pelea,» como él mismo dice, prescindiendo del sentimiento de que fuese necesaria tanta efusión de sangre, y hasta sintiendo que hubiera de derramarse la de los enemigos, nos parecería que pensó en la conveniencia de dar un «ejemplo terrible,» y que esta idea fué en él tan fuerte que no pensó en retroceder ante las consecuencias de su acción.

Sin duda obró mal y con demasiada precipitación. El horror producido por su severidad, aunque difundió el espanto en algunas partes, excitó más las iras

(1) Gardiner, *Historia de la República*, vol. I, pág. 133.
(2) Carlyle, carta CV, parte V, pág. 53.

de varios hombres de valor. Cromwell llegó á ser un monstruo á los ojos de sus enemigos, que le hicieron una guerra á muerte.

En Wexford, la segunda plaza y la última en la que se dió muerte sin cuartel á hombres vencidos, Cromwell no fué responsable de la carnicería. Acababa de escribir las condiciones para someterlas á la aprobación del gobernador de la plaza; pero antes de que el documento llegara á manos de éste las tropas penetraron en la ciudad, cuyas puertas les había abierto de improviso una mano amiga; y como los habitantes se resistieran enérgicamente, fueron muertos sin compasión. Sin embargo, aunque esto se hizo sin orden de Cromwell, y una vez comenzada la matanza nada podía contener á la soldadesca, debe notarse que el general en jefe, por el tono de su informe al Parlamento, no parece que desapruebase aquel acto. Si se hubieran estipulado las condiciones con el gobernador, las habría respetado religiosamente, porque nunca faltó á su palabra, ora se tratara de amigos ó de enemigos; pero habiendo ocurrido el error, no sintió al parecer la pérdida de vidas que ocasionó.

La causa principal de esta dureza, que no se había manifestado antes, ni había de volver á manifestarse en lo sucesivo, se debe atribuir á la idea de que era «una sentencia merecida» por la sangre que los católicos habían derramado en 1641. Este argumento lo consignó Cromwell en la carta en que daba los detalles del sitio. «Y verdaderamente, el hecho nos ha causado honda impresión, pues no deseábamos para esta plaza tanta ruina, puesto que la ciudad podía ser útil para vosotros y el ejército; pero Dios no lo ha querido así. En su inflexible justicia, puso á los enemigos en poder de nuestros soldados, que en sus correrías se apoderaron de muchas familias, que así pagaron las crueldades ejercidas contra las personas de muchos pobres protestantes (1).»

Sin embargo, no hubo más matanzas. Todas las plazas aceptaron una tras otra las condiciones que se les impusieron y que no fueron violadas ni en un solo caso. El peor enemigo de Cromwell fué la enfermedad del país, una especie de fiebre debida sin duda á la humedad de la tierra en aquella época del año, octubre y noviembre. Perdió gran parte de sus tropas, y por lo mismo hubo de verse en grandes apuros; pero la obra quedaba terminada, y al cabo de nueve meses de mucho trabajo, de ansiedad y enfermedades, que, según se supone, fueron el principio de la que le condujo á la tumba, pudo dejar los asuntos en manos de otros hombres y volver apresuradamente á Inglaterra, donde nuevas perturbaciones amenazaban á la naciente República.

Tal fué la ardua tarea de Cromwell en Irlanda, tarea que tuvo por objeto aniquilar por la fuerza, y solamente por la fuerza, la anarquía que había reinado en el país durante una generación. Esto era bastante malo para Irlanda, pero algo peor era lo que debía venir. Cromwell sabía tan bien como cualquiera que dominar tan sólo la rebelión no era un remedio permanente, y hubo de concebir y sentar las bases de un nuevo sistema de gobierno. Solamente le ocurrió uno:

(1) Carlyle, carta CVII, parte V, pág. 69.

que los protestantes ingleses adquirieran ahora el predominio, conservándole, si era necesario, por los medios más rigurosos; que las familias puritanas inglesas se resignasen á emigrar á Irlanda, y que una vez allí tomaran tierras de los primitivos poseedores que hubieran hecho armas contra la República inglesa.

Esta era una mala política, una política desesperada, que nos ha dado el actual problema irlandés, y nadie puede decir cuándo cesarán los malos efectos de la obra de Cromwell.

Pero si, después de reconocer esto sinceramente, atribuímos á Cromwell el deseo deliberado de aniquilar á los irlandeses y exterminarlos para que desaparezcan de la faz de la tierra, cometeremos una injusticia. Cromwell no les tenía mala voluntad como raza, ni tampoco á los católicos, aunque aborrecía el catolicismo; no quería imponerles á los puritanos como dueños, sino tener á éstos en Irlanda como vecinos en quienes se podía confiar, para que vivieran en paz y amistad con los del país, y simplemente para que fueran una garantía contra las facciones perturbadas y la deslealtad al gobierno inglés.

En su contestación al manifiesto del Supremo Consejo de Kilkenny, cuerpo de nobles irlandeses y sacerdotes que le había atacado enérgicamente, demuestra esto con bastante claridad, y nótese que es un documento digno de atención. Revélase en él su completa ignorancia del pueblo con que trataba y del problema que se enunciaba á los hombres de Estado deseosos de crear un gobierno para aquel pobre país. También demuestra de una manera conveniente la rectitud de sus propias intenciones y el sincero asombro y disgusto que le causaron los pobres hombres extraviados que no pudieron ó no quisieron reconocer su absoluta buena fe y bondad de sentimientos respecto de la población irlandesa, sobre todo en asuntos religiosos.

«En cuanto al pueblo, ignoro cuáles son sus ideas religiosas; pero si se conduce leal y tranquilamente, consideraré como un deber no molestarle por causa de ellas (1).»

Respecto á las matanzas dice:

«Citadme el caso de un solo hombre que haya sido muerto sin habérsele cogido con las armas en la mano, ó á quien se haya desterrado después de hallarme yo en Irlanda; decidme si no se ha hecho justicia ó, por lo menos, si no se ha tratado de hacerla.»

Por último, dirigiéndose él mismo al pueblo, le habló en estos términos:

«Y habiéndoos dicho esto, debo añadir dos palabras para *aquellos* que, teniendo haciendas y fortunas, necesitan saber en qué pueden confiar.

»Los que hicieron armas contra nosotros podrán, si se someten, presentar sus reclamaciones al Estado de Inglaterra, que sin duda tomará en consideración la naturaleza y calidad de sus actos, tratándolos con bondad.....; á los soldados que depongan las armas y quieran vivir tranquila y honradamente en sus casas, se les permitirá hacerlo así..... En cuanto á los nobles y comunes de Ir-

(1) Carlyle, parte V, pág. 113.

landa que no tomaron parte en la rebelión, serán respetados en sus bienes, libertades y vidas, así como en su comercio, su tráfico y sus fábricas.»

Sin embargo, terminó su discurso con una severa advertencia:

«Dicho esto – continuó, – y proponiéndome cumplirlo honradamente, si este pueblo persiste en su actitud hostil, dando oídos á los consejos de sus prelados, de su clero y de otros jefes, no seré responsable de la miseria, de la desolación y de la ruina que sobrevendrán, y me complaceré en ejercer la mayor severidad con los rebeldes.»

Ninguna promesa, acompañada de tales advertencias, pudo atraer á un solo irlandés fiel á su Iglesia, para quien todo cuanto tuviese forma de puritano era aborrecible, y que siempre «haría armas» en la guerra.

Cromwell no vió esto entonces; pero si hubiera permanecido en Irlanda, ¿quién podrá decir lo que habría realizado? Unico en su generación, Cromwell estaba siempre dispuesto á tomar lecciones de la experiencia, y algunos años después su odio á los «sacerdotes y prelados» se modificó considerablemente, y se arraigó más y más su fe en toda especie de tolerancia.

Pero Cromwell no podía quedarse en Irlanda y la iniciativa de su severa política quedó en otras manos, hasta que el mismo nombre de Cromwell llegó á ser simbólico de todo cuanto es cruel, tiránico é injusto. Pero detengámonos antes de que nosotros también arrojemos nuestra piedra. Cuando nos hayamos formado idea del caos que Cromwell encontró allí, del terrible problema que le rodeaba por todas partes, de la lucha entre católicos y católicos, y entre protestantes y protestantes, y sobre todo de la necesidad de que el partido puritano predominase para la salvación de Inglaterra; cuando nos hayamos formado idea de todo esto y encontremos algún medio que hubiera sido mejor que el empleado por él para salvar la situación, entonces y sólo entonces podremos juzgar á ese hombre.

CAPITULO XXII

Cromwell volvió á Inglaterra en mayo de 1650, y en 31 de este mes llegó á Londres. Toda la población salió á recibirle: Fairfax, que aún era su jefe, le felicitó cordialmente; varios individuos del Parlamento, de todas opiniones, le presentaron sus respetos y cumplidos, y una multitud inmensa le aclamó en las calles.

Los tiempos habían cambiado para el hombre que dos años antes apenas tenía un amigo de quien pudiera fiarse. Ahora era un héroe nacional en el mundo puritano; sus menores indicaciones eran más poderosas que las órdenes del Gobierno y no se le hubiera rehusado ninguna recompensa ú honor que el Parlamento pudiese otorgar.

Pero los pensamientos de Cromwell, según costumbre, estaban fijos en otras cosas; consagró muy poco tiempo á su familia, alojada entonces en el Cockpit, en Whitehall; y después, como de todas partes llegaban noticias de carácter grave, entró de nuevo en el ejercicio de sus fatigosas funciones, cada vez más delicadas, é hizo un poderoso esfuerzo para seguir adelante y salvar la República del último y más temible peligro que debía amenazarla durante su existencia.

Muchas nubes se habían acumulado lenta, pero continuamente, en el Norte desde la triste ejecución del rey: por primera vez los caballeros y confederados en Escocia, siguiendo el ejemplo de los de Irlanda, que últimamente habían prescindido en cuanto era posible de sus diferencias, se aunaron para hacer causa común contra los regicidas. Si Carlos II hubiera tenido los principios de su padre, esto no podía haber sucedido nunca; pues ahora, como en tiempos pasados, era el presbiterianismo y no la monarquía lo que la mayor parte de la nación escocesa y sus gobernantes deseaban defender. Pero Carlos II no tenía más principio que el de la propia conservación, y después de negociaciones sin fin, viendo que por ellas no se le abría ningún camino, se rebajó vergonzosamente ante los hombres á quienes aborrecía y despreciaba, y llegó á ser «Rey confederado,» con lo cual tuvo de su parte á toda Escocia, convirtiéndola en activa enemiga de la República inglesa.